

CONFERENCIAS

La generación pediátrica de G. Arce

E. SÁNCHEZ VILLARES*

I. Para situar el significado de la obra y de la personalidad de Guillermo Arce Alonso en el conjunto de la Pediatría española, me adentraré en algunas consideraciones históricas, atrevimiento, en que no incurro por vez primera. Algunas reflexiones sobre el pasado, nos permitirán indagar las raíces de lo que fue su actividad creadora. Un rastreo sobre el presente, aportará luz sobre la influencia que dejó en sucesivas generaciones de discípulos.

La Pediatría, como rama independiente del saber y del quehacer médico, nace oficialmente el 16 de septiembre de 1886, fecha en que se publica la disposición que introduce en las Facultades de Medicina de España, la asignatura de *Enfermedades de la Infancia y su clínica*. Aunque desde antes venían sentándose las bases, es entonces cuando esta necesidad real —social y técnica—, tiene reconocimiento legal.

Antes de seguir adelante deseo dejar consignadas algunas cuestiones. Por razones ligadas al significado de este trabajo y para ajustarlo a exigencias de espacio, nos referimos preferentemente —a veces de manera exclusiva— a los pediatras universitarios. Con dos precisiones: que estoy seguro que cometeré involuntarias omisiones —por lo que de antemano pido disculpa—; que en ningún caso significan valoración prioritaria de méritos. Muchas veces

se entremezclaban las actividades extra y universitarias de forma inseparable. De ello fue buen ejemplo G. Arce.

Recojo de diversos autores parte de la documentación que aquí se utiliza. Al citarlos, a veces literalmente, afirmo mi identificación con sus apreciaciones.

II. La «primera generación», inicia el asentamiento de la Pediatría como especialidad. Cabalga entre los dos siglos: de 1886 a 1914. Por supuesto, bastantes de sus protagonistas —como en las venideras—, proseguirán su trabajo más allá de los de este encorchetado cronológico.

La cátedra de Madrid es la primera que se cubre. A ella accede, desde la de Patología General de Zaragoza, Francisco Criado Aguilar (1854-1946). De 1887 a 1920 desempeña una labor muy valiosa y constructiva.

Prosigue un año más tarde la cobertura, por oposición, de las cátedras de Barcelona, Valencia y Granada. Fueron sus respectivos titulares, Juan Enrique Iranzo y Simón (1857-1927), Ramón Gómez Ferrer (1862-1924) y Andrés Martínez Vargas (1861-1948). A la vez, o algo después, se proveen las restantes.

Junto a esta nómina incompleta de pediatras universitarios, es de justicia señalar la influencia decisiva que ejercen, en el

* Catedrático Emérito de Pediatría. Departamento de Pediatría, Obstetricia y Ginecología. Facultad de Medicina de Valladolid.

* Esta conferencia impartida en el I Memorial G. Arce ha sido financiada por Nestlé A.E.P.A.

fortalecimiento de la naciente Pediatría, quienes desempeñan su labor en el Hospital del Niño Jesús de Madrid —inaugurado en 1887—. O desde 1880 en Barcelona, en el Hospital de Niños con problemas nerviosos y a partir de 1890, en el Hospital de Niños pobres. También otros muchos, que el lector interesado puede consultar en la obra de Luis S. Granjel, *Historia de la Pediatría Española*.

El significado de esta primera generación es parecido al que reconoce D. Gracia a su coetánea en la Medicina Clínica, entre cuyos representantes más destacados, cabe citar, a Medinaveitia y a Sañudo. Asimilan los logros del positivismo médico y los avances anatomopatológicos, fisiopatológicos y etiopatogénicos; introducen una nueva mentalidad sincrética, la mentalidad clínica, y proyectan sobre la actuación práctica, el trípode en que se basa la medicina científico-natural.

Si hubiera que escoger un pediatra representativo, se podría denominar esta etapa «generación de Martínez Vargas». Su aprendizaje lo realizó con Abraham Jacobí. Desempeñó la cátedra de Barcelona desde 1892 hasta su jubilación, prosiguiendo años después en el trabajo. Funda en 1900 la revista *Medicina de los Niños*. Publica en 1915, su *Tratado de Pediatría*. Preside el I Congreso Nacional de Pediatría. A su lado, se formaron numerosos discípulos. García del Real le calificó de «maestro de todos» y «Néstor de los pediatras españoles». Luis S. Granjel escribe que su obra «es la más importante de la primera generación».

III. La «segunda generación» abarca el período 1914 a 1931. La elección del inicio coincide con la celebración del I Congreso Español de Pediatría. La final es más aleatoria, pero apoyada porque en la Medicina española se ha hablado de la «generación del 14» o «generación de Marañón».

La integran quienes terminaron sus estudios entre 1905 y 1910. Sus representantes entran en la vida pública alrededor de 1914, habiendo completado su formación la mayoría de ellos, en Centroeuropa. D. Gracia les atribuye el haber dado «un golpe de timón que pone la nave de la ciencia española proa al universo». Fueron coetáneos de Marañón, entre otros, T. Hernando, Rodríguez Lafora, Augusto Pi y Suñer, Tello, Castro, Achúcarro, P. del Río-Hortega...

Con el criterio restrictivo anunciado, citaremos entre los cultivadores de la Pediatría de esta época a dos de ellos. Ambos ejercieron influencia en G. Arce.

Durante el período de Licenciatura, que G. Arce realiza en la Facultad de Medicina de Valladolid (1919-24), es discípulo de Enrique Nogueras Corona (1882-1925). Trabaja en sus Servicios como alumno interno durante varios años, y entre ambos se establece una relación personal muy estrecha. E. Nogueras, era destacado miembro de la Escuela de A. Martínez Vargas. Completó su formación en el extranjero. Obtuvo la cátedra de Santiago de Compostela en 1912. Posteriormente, se trasladó a la de Salamanca donde tuvo numerosos discípulos —entre ellos mi padre—. Doy fe de lo que significaba el recuerdo que de él se ha conservado, treinta años después, entre pediatras y familiares de niños atendidos en su etapa salmantina.

E. Nogueras fue un pediatra integral, con su actividad en la vertiente médica y quirúrgica de la Pediatría. Su dedicación, calidad, y el atractivo que ejercía en sus clases, intervenciones, y demostraciones clínicas, atrajo a su cátedra a bastantes de los más brillantes alumnos de la Facultad vallisoletana. Los vínculos que se crearon entre él y G. Arce quedan reflejados en las Actas de las Juntas de Facultad, que recogen con minucia un grave conflicto

entre Misael Bañuelos y los alumnos internos.

Como consecuencia del mismo, acaecido el 24 de mayo de 1923, la Junta de Facultad quedó constituida en Consejo de Disciplina. Y lleva a cabo numerosos interrogatorios. Por cuanto revelan, para adentrarnos a la personalidad de G. Arce, transcribo algunos fragmentos de sus declaraciones.

«Protesta por las injurias de que han sido objeto los estudiantes por parte del Sr. Bañuelos llamándolos imbéciles y jumentos». «Insiste en que le ha oído decir que los enfermos de Castilla son unos brutos». «Al Sr. Lozano le dijo que no tenía derecho a la vida ni a ser médico». «Refiere, que estando en la clínica con los alumnos, a un enfermo que tosía, mandó ponerle morfina, no con fines terapéuticos, sino porque decía que le molestaba». «Justifica sus declaraciones, diciendo, que el fin es esclarecer otras cosas pasadas, porque tienen relación con los sucesos actuales; que ha abusado el Sr. Bañuelos y que ha estallado el disgusto contra él». «Dice, por último, que en clase y en las sesiones clínicas habla de los compañeros médicos refutando sus diagnósticos».

También consta en las Actas, que «en un momento de la declaración —de Arce— el Sr. Nogueras protesta por el giro que toma el interrogatorio, diciendo que se coacciona al alumno».

Digamos brevemente cuál fue el motivo del tumultuoso conflicto. M. Bañuelos suspendió a varios de los alumnos más distinguidos, que habían obtenido excelentes notas en los cursos previos de Patología Médica, porque no asistían a sus clases en la forma que él exigía... por tener que atender sus obligaciones en los Servicios de Pediatría y a otros.

E. Nogueras fallece a los 43 años. De esta adversidad deja constancia la Junta

de Facultad del 29 de enero de 1925. «Es una pérdida de muy difícil recuperación, puesto que se trata de un profesor distinguido y muy simpático, queridísimo de sus alumnos; y aparte de sus excelentes dotes de carácter, muy estimado por todos, tanto por su cultura como por sus relevantes dotes de clínico y operador. Si las vehemencias un tanto juveniles de su carácter pudieron originar algunos rozamientos..., hay que declarar que siempre fue impulsado por móviles nobles y generosos, siempre se ponía al lado de los débiles y de los humildes, y equivocado o no, lo cedía como un perfecto caballero».

Pido disculpa por lo extenso de estas citas. Pero me parecen esclarecedoras e ilustrativas de la personalidad humana de maestro y discípulo. G. Arce, que en 1923 era alumno interno de la asignatura de Enfermedades de la Infancia, tenía, por supuesto, dificultades temperamentales y de comportamiento para entenderse con M. Bañuelos. Por los motivos que aquí se recogen. Y que nacen de una personalidad dotada de gran valor humano, honestidad, veracidad, juicio crítico y espíritu independiente.

Veamos ahora quién fue el otro pediatra que sobre G. Arce ejerció influencia en el período de postgraduado.

Enrique Suñer Ordóñez, nace en Poza de la Sal (Burgos) en 1878. Estudia en la Facultad de Medicina de Madrid. Licenciado en 1901, muy joven, obtiene la cátedra de Patología General de Sevilla. En los años 1906 y 1907, trabajó con Marfan y Czerny. Desde 1906 regenta la cátedra de Enfermedades de la Infancia de Valladolid. Publica en 1918, los tres volúmenes de su obra *Enfermedades de la Infancia. Doctrina y Clínica*. Teniendo como contrincante a Bravo Frías, obtiene la cátedra de Madrid en 1921. Promueve en 1925, la creación de la Escuela Nacional de Puericultura, de la que fue primer director. Se

formarían a su lado numerosos discípulos, de los que accedieron a cátedras, Zamarriego, Sala, Ramos y Laguna. Su actividad extraacadémica en los últimos años de la República, durante la fraticida contienda y postguerra inmediata, tendría que ser críticamente juzgada. Fallece en 1941.

G. Arce durante los años 1926 a 1928, lleva a cabo su formación pediátrica en Madrid, donde obtiene el título de Médico Puericultor, en la Escuela Nacional (1928). Junto a su director E. Suñer, integran el cuerpo docente, Alfredo Piquer, Martín Cortés y José de Eleizegui. Eran profesores agregados, Martín González-Alvarez, Juan Alonso Muñozerro, Juan Brazo Frías, Rafael Tolosa Latour.

De entre éstos, algunos son a su vez facultativos del Hospital del Niño Jesús. En este centro y bajo la dirección de Santiago Cavenget, es donde G. Arce realiza su verdadero entrenamiento clínico. En dicho Hospital trabajan también José Velasco Pajares y sus hermanos Manuel y Francisco Arce, que en 1933 publican la monografía *Radiodiagnóstico en la Infancia*, prologada por E. Suñer.

En esta generación, reconoce Luis S. Granjel, que tuvo particular significado la personalidad científica y la obra del profesor E. Suñer. Hasta el punto de que podría dar nombre a la misma. Hemos recogido una breve semblanza de él y del malogrado E. Nogueras, porque ambos tienen que ver en la comprensión de G. Arce. El primero, por motivos más bien formales. El segundo por formales y afectivos.

IV. La «tercera generación», incluye a los nacidos entre 1894 y 1908. Llegan a los 30 años, al final de la dictadura y comienzos de la República. Es la para algunos denominada «generación de Jiménez Díaz», o «del 27», en literatura y poesía.

Los primeros que acceden a cátedras, son Rafael García Duarte González (1894-

1936), Gregorio Vidal Jordana (1894), Antonio Lorente Sanz (1900) y Francisco Zamarriego García (1898-1950).

Seis de ellos lo hacen en los años de la República. Tomás Salas Sánchez, Pedro Martínez García (1897) y Evelio Salazar García (1902-1965), en 1932. Guillermo Arce Alonso (1901-1970), en 1934. Rafael Ramos Fernández (1907-1955), en 1935. Y Ciriaco Laguna Serrano (1905), en 1936.

A dos, les demora la Guerra Civil. Es en 1948, cuando se incorporan, Antonio Galdo Villegas (1906) y Manuel Suárez Perdiguerro (1907-1981).

Esta generación de pediatras, es coetánea, ya dijimos, de la de C. Jiménez Díaz, de la que también forman parte, entre otros, Agustín Pedro-Pons, F. Enríquez de Salamanca, M. Bañuelos, etc. Tiene cabida en ella, Francisco Grande Covián, nacido en 1909. Por algunos, ha sido llamada «de la República».

Internistas, pediatras y cultivadores de otras ramas, ven facilitada su formación, gracias a la labor desarrollada por la Junta de Ampliación de Estudios y otras entidades con espíritu europeizador. M. Jiménez Casado, escribe, que cuando los becarios regresan a España se vuelven a encontrar con sus viejos Hospitales. Pero muchos traen el firme propósito de introducir entre sus decrepitas paredes «el desarrollo de las ciencias básicas, la modernización de técnicas médicas y quirúrgicas, y el deseo de transmitir a sus colaboradores un profundo afán por el saber e inquietud por lo conocido».

Ejemplo de esta actitud puede ser la creación por C. Jiménez Díaz del Instituto de Investigaciones Médicas. En él trabajan, Severo Ochoa, F. Grande Covián y otros, a los «que se llamó despectivamente desde su ignorancia los del pH» (J. Casado).

G. Arce, que había completado su formación en Francia y Alemania, se incorpora a la Casa de Salud Valdecilla y Jardín de la Infancia de Santander en 1929. Dirige sus Servicios de Pediatría. En el del Jardín, crea un Laboratorio. Dirigido desde 1930 por Gerardo Clavero, queda después muchos años, bajo la responsabilidad de Merecilla. En 1934, gana las oposiciones a Puericultores del Estado y la cátedra de Pediatría de Santiago de Compostela.

Lo que significa su trabajo en el período de preguerra puede verse en la publicación *La Escuela de Pediatría* del Prof. G. Arce, que se inserta en este volumen.

Me interesa subrayar un período del que tengo vivencias personales. Juzgue el lector lo que significa la década de los «40». Publica en 1942 su capítulo de *Puericultura* en el *Manual de la Enfermera y el Practicante*, dirigido por M. Usandizaga. Se incorpora, en 1943, a la cátedra de Salamanca. Organiza, en 1944, el VI Congreso Español de Pediatría, en Santander. Publica, en 1945, la monografía *Neumonías en la Infancia*. En 1946, la de *Trastornos nutritivos en el lactante*. Aparecen los tres volúmenes de la *Patología del Recién Nacido*, sucesivamente, en 1947, 1948 y 1950. De 1940 a 1949, ven la luz dieciséis trabajos suyos. En el Congreso Nacional de Santander (1944) con diversos colaboradores firma veinte comunicaciones. En el VII de Sevilla (1949), la Escuela de G. Arce alcanza el *cenit*. Sus colaboradores presentan cincuenta comunicaciones a este Congreso, quince son encabezadas por él. Una de ellas registra mi primera aparición pública en la Pediatría. De la mano de mi maestro.

Este ritmo se lentifica en los años 50. Su último trabajo está fechado en 1960.

Remito de nuevo el trabajo aludido, a quienes estén interesados en conocer con detalle lo que fue su labor en la clínica,

como docente, e investigador. Por supuesto, como personalidad humana.

V. A la «cuarta generación» pertenecen la mayor parte de los colaboradores y discípulos directos de G. Arce. Aceptando que cualquier encasillamiento es artificioso, se han dado varias acepciones para definir una generación. Según Ortega, la estratificación por períodos de 15 años. Marañón considera, que una generación, no es igual que una promoción, es decir, un grupo de personas nacidas en las mismas fechas. Para este autor, es algo superior, que sólo cristaliza cuando «un hecho histórico, trascendente, imprime su huella en el grupo y da una cierta unidad a su psicología y a su obra».

El magisterio de G. Arce se extiende desde 1928 hasta su jubilación, anticipada, por las limitaciones en su estado de salud (1964). Tan dilatada etapa permite incluir a colaboradores y discípulos de distinta condición etaria. En el sentir de Ortega, a dos generaciones, cada una de ellas intervalada por 15 años. En el de Marañón, del que me siento solidario en esta materia, una sola pues la huella fue común.

Nos circunscribimos, por razones ya advertidas, a los que tuvieron posibilidad de aunar el trabajo clínico y la actividad docente, ya fuera universitaria o en Servicios donde han contribuido a formar discípulos. Esta convencional restricción reduce el grupo generacional a que nos vamos a referir, a quienes se formaron a su lado en la postguerra y años sucesivos. Son los nacidos entre 1915 y 1925. Se incorporan profesionalmente a la vida pública, por los «50» —algunos lo hubieran hecho antes de no haber existido el paréntesis de la guerra—.

Se desenvuelven en una «etapa de restricciones». E. Collado ha señalado sus principales características: aislamiento deri-

vado de la Guerra Civil y Mundial; nula o mínima proyección exterior; economía precaria; modelo sanitario poco definido pero descansando en la atención primaria puericultora; pediatría generalista; docencia fundamentalmente universitaria y mínima investigación.

En otro trabajo he dejado escrito, que la Universidad y Facultades de Medicina habían quedado convertidas en verdaderos «criales». Y que sin embargo, los que cursamos estudios en los años 1939-45 no fuimos miembros de una generación frustrada ni perdida. En aquel panorama desolador en el que nos desenvolvíamos, hubo posibilidades de hallar estímulos y motivaciones para el trabajo y estudio.

J. Marías refiriéndose a la situación de hace 40 años —1948— refiere en 1988, lo adverso de aquel tiempo: ausencia de lo que pudiera llamarse política en el sentido normal de la palabra —ni partidos, ni elecciones, ni discusión abierta de las cuestiones públicas, censura universal para todo lo que se imprimía—. A pesar de todo ello, la vida intelectual era bastante intensa. La referencia a la labor de G. Arce de los «40» es convincente a este respecto.

Entre los discípulos de G. Arce en esta etapa, se hallan: Federico Collado Otero, Ernesto Sánchez Villares, Carlos Vázquez González, Angel López Berges, Emilio Rodríguez Vigil y Pedro Víctor Alvarez. Algo después, José Luis Arce García, y Modesto López Linares. Son coetáneos a nivel de la Pediatría nacional, Angel Ballabrigo, Manuel Cruz Hernández, Enrique Casado de Frías, Alberto Valls, José Peña Guitián y J. Colomer.

A esta generación, con ciertos desajustes cronológicos, pertenecen Pedro Farreras Valenti y J. M. Segovia de Arana, entre los patólogos. José del Castillo Nicolau, entre los neurofisiólogos, Luis S. Granjel, entre los historiadores de la Medicina. En

la literatura, lindan, con la obra de Camilo José Cela, Miguel Delibes, y la llamada generación de los «50»: Rafael Sánchez Ferlosio, Carmen Martín Gaité, José Luis Aldecoa, J. Fernández, Martín Santos, etc.

Prefiero denominar a los pediatras formados en la postguerra y en las restricciones, «generación puente». Toman la antorcha de quienes en la dictadura y primeros tiempos de la República, habían llevado a cabo logros importantes. Capean tiempos muy adversos. Propician el paso a otros favorables. Su enjuiciamiento definitivo, debe ser aplazado. Bastantes de sus miembros, están en activo o jubilados; oficialmente, no biológicamente. Han/hemos cumplido gran parte de la andadura. Pero no está concluida.

VI. La siguiente generación es la de los «discípulos de los discípulos de G. Arce». Los condicionantes históricos permiten distinguir dos períodos bastante bien delimitados.

A. El primero, incluiría a los nacidos en los años finales de la República y principios de la Guerra Civil. Concluyen los estudios en la década 1955-1965, frontera entre los tiempos restrictivos y los del comienzo del desarrollo económico. Su formación la hacen al lado de maestros de dos generaciones. También son fronterizos en las características que los definen. Son básicamente pediatras generales, pero pasado el tiempo algunos han adquirido experiencia en áreas especializadas.

Este grupo generacional, al que se podría llamar de «transición», es el que integran Manuel Hernández Rodríguez, Valentín Salazar Alonso-Villalobos (1934), Manuel Crespo Hernández (1936), Ricardo Escribano Albarrán, José Luis Arce García y Modesto López Linares ().

A nivel nacional pueden ser sus coetáneos —siempre con alguna desviación

cronológica—: M. Bueno, A. Romanos, J. A. Molina Font, M. Moya, F. Rodríguez, R. Tojo, J. J. Cardesa, A. Delgado, J. Argemí, J. Brines, E. Borrajo, J. Pérez, M. Hachero, R. Jiménez, I. Villa Elizaga... Y alguno más que no viene ahora a mi recuerdo.

B. El otro grupo incluye a los nacidos a comienzos de «los 40». Concluyen la licenciatura a partir de 1965. Acceden a plazas universitarias en los «70».

Cuando llegan a la vida pública ha tenido, o está teniendo lugar, el desarrollo económico. Los rasgos de este período, los ha resumido F. Collado así: desaparición del aislamiento, con aumento de los contactos internacionales; relanzamiento económico; modelo sanitario basado en la fundación de grandes hospitales/macrohospitales, con menor atención a la asistencia primaria; aparición de los especialistas pediátricos; participación en la docencia de los Hospitales extrauniversitarios, con el *boom* de los MIR y posibilidades mayores para la investigación.

En este grupo generacional, muy amplio, se inscriben discípulos de E. Sánchez Villares: Julio Ardura González (1944), Alfredo Blanco Quirós (1945), F. Javier Alvarez-Guisasola (1947), todos catedráticos. Y los profesores adjuntos, Samuel Gómez García (1944), Margarita Alonso Franch (1944), Rafael Palencia Luaces (1944), Juan Antonio Tovar Larrucea (1944) y María José Martínez Sopena (1948).

Discípulos de M. Crespo: J. Sastre López (1942) —inicialmente formado en el grupo de E. Rodríguez Vigil—, J. Fernández Toral —formado en los años iniciales con E. Sánchez Villares—, S. Málaga Guerrero (1944), C. A. Busoño (1953), M. F. Rivas Crespo (1951), C. D. Coto Cotallo (1946), F. Berciano y F. Santos Rodríguez.

Discípulos de V. Salazar: J. Prieto Veiga, Félix Lorente.

Discípula de C. Vázquez: Isabel Polanco.

Y profesores como M. García Fuentes y J. L. Herranz Fernández, que si bien tuvieron otros maestros, durante bastante tiempo trabajan adscritos a la Cátedra y Departamento de Santander dirigido por J. L. Arce.

Esta generación llamada «del Rey» (1938), tiene diferencias cualitativas de las anteriores. Acceden cuando han sido ya edificados los Grandes Hospitales de las Ciudades Sanitarias, Puerta de Hierro, o de los nuevos Clínicos Universitarios. Su rasgo más característico es que prácticamente todos están especializados. En las ciencias médicas es cuando se instauran la neurocirugía, cardiocirugía, cuidados intensivos, oncología, medicina nuclear, etc.

El proceso tiene peculiaridades en Pediatría. Los primeros especialistas pediátricos, son transferidos de la Medicina y Cirugía de adultos. Con el paso del tiempo, tras una formación en Pediatría básica y posterior entrenamiento en centros extranjeros o españoles de vanguardia, se inician las promociones de pediatras especializados.

Tanto los «especialistas pediátricos» como los «pediatras especializados» participan de perfiles comunes a sus coetáneos de otras ramas médicas y quirúrgicas: dedicación profesional íntegra y exclusiva al Hospital; gran ilusión por alcanzar metas homologables a las del mundo científico más avanzado; elevada calidad de la asistencia que prestan a los pacientes. Todo ello, dice D. Gracia, «eleva por tercera vez el listón de una Medicina que hace accesible la atención sanitaria de calidad al conjunto de la población española». Ello se detecta en las publicaciones, aportaciones científicas, Congresos, etc.

VII. La última generación es la de aquellos que nacen en la década de los

«60». Acaban la Licenciatura entre 1980-1985. Cuando ahora dan sus primeros pasos, se hallan con grandes cambios.

Los negativos, pueden ser éstos: crisis económica del 1973 —percibida en España con demora—; modificaciones en el modelo sanitario que antepone la comunidad al Hospital, el médico de familia al especialista y la prevención a la curación, sustituyendo al médico o pediatra por «equipos de salud»; excesivo reglamentarismo y devaluación del papel del médico. Algunos observadores señalan que desde 1980 se quiebra la línea ascendente y que «se empieza a configurar la vertiente del fuerte descenso en que nos encontramos».

Difícil dejar de suscribir estas afirmaciones. En otros trabajos hemos expuesto las críticas del momento actual. Pero hay también algunos aspectos menos desesperanzadores. Estos podrían ser los siguientes.

Prosigue la realización de trabajos de investigación, que a pesar de los sobresaltos en su financiación, mantienen una línea ascendente en determinadas áreas. Otro tanto sucede en las publicaciones periódicas. Los pediatras especializados, alcanzando un excelente grado de entrenamiento, mantienen buenos niveles asistenciales, a pesar de las dificultades para la renovación de medios, reducción de plantillas, etc. De ello puede ser ejemplo la calidad de los intensivistas, aplicación del diagnóstico por la imagen, logros en el capítulo de trasplantes de médula ósea, riñón, hígado, etc., que ponen a prueba, complejas actuaciones interdisciplinarias.

La mejor formación de los residentes ha dado origen a una promoción de pediatras con capacidad que supera a la de sus predecesoras. Congelados los puestos hospitalarios ejercen/ejercerán su trabajo, en consultorios, ambulatorios y centros de salud. Los resultados de su excelente pra-

xis, trascienden y se objetivan en los indicadores de salud. Este cambio cualitativo en la asistencia primaria se debe de manera principal a los protagonistas, no a las modificaciones estructurales y administrativas propiciadas por la Administración. Esta, más bien, los limita.

Con la incertidumbre del presente que vivimos, y lo difícil de predecir el futuro, pienso que la generación de pediatras que surgen ahora a la vida profesional, tendrá que soportar restricciones y ajustarse a nuevas directrices. Impuestas, éstas, por la situación demográfica y el impreciso modelo sanitario. Ojalá que los tiempos difíciles se acorten. A ello parece apuntar la mejoría en los indicadores económicos y el que está tocando fondo el descenso en la tasa de natalidad —más bien de la desnatalidad—.

No me atrevo a hacer cábalas, pero sí hago votos, para un futuro venturoso de la generación del Príncipe Felipe de Borbón (1968). El, y sus coetáneos, alcanzarán los 32 años en el comienzo del siglo XXI.

VIII. Nuestra excursión al pasado histórico y la consideración del presente, sitúa a G. Arce en el centro del proceso evolutivo de la Pediatría española. Su quehacer activo tiene lugar en el segundo tercio de siglo (1930-1960).

En su formación influye substancialmente la obra y personalidad de E. Nogueras, discípulo de A. Martínez Vargas. También contribuyen a su entrenamiento los maestros y pediatras que dirigen y trabajan en el Hospital del Niño Jesús, Escuela Nacional de Puericultura, y otros centros de Alemania y Francia.

Su labor en la clínica pediátrica alcanza excepcional dominio y pericia, lo que le proporciona prestigio a nivel nacional. Realiza también la cirugía pediátrica, en la que obtiene buenos resultados funcio-

nales, por la precisión con que sienta las indicaciones operatorias.

La calidad de los servicios de Pediatría que dirige, en la Casa de Salud de Valde-cilla y en el Jardín de la Infancia de Santander, facilitan que su firme vocación y sus aptitudes docentes, atraigan hacia él a numerosos postgraduados, que realizan el entrenamiento pediátrico bajo su dirección. Desde 1943 amplía su influencia a los pregraduados, alumnos en la Facultad de Medicina de Salamanca.

Realiza de manera ininterrumpida su producción científica de 1930 a 1960. De ella forman parte, trabajos en revistas, ponencias, comunicaciones, conferencias, dirección de tesis doctorales, etc. Las dos monografías y la obra en tres volúmenes que publica, revelan a las claras sus líneas preferentes de investigación. Nos parece relevante, su acierto en esclarecer la confusa catalogación conceptual de los trastornos nutritivos. Su lucidez, con la aportación y apoyo de una gran casuística, tuvo marcada influencia en la práctica de los pediatras españoles, de lo que se beneficiaron numerosos niños.

Su obra sobre patología neonatal, le convierte en pionero y adelantado en lustros de lo que será más tarde el cultivo de las especialidades.

La personalidad de G. Arce dejó huella perdurable en sus colaboradores y discípulos. La clave de su condición humana se evidencia nítidamente desde la época de estudiante. Me permito reiterar lo que de su maestro E. Nogueras reflejan los libros de Actas de la Facultad de Medicina de Valladolid: «Tiene excelentes dotes de carácter; es simpático y queridísimo de sus alumnos; culto; relevante como clínico y cirujano; con vehemencias juveniles; noble, generoso, dispuesto a ayudar a los débiles y humildes. Un perfecto caballero».

Estoy seguro que cuantos tuvieron la fortuna de conocer y tratar a G. Arce, podrían considerar como suyo este retrato. En otra ocasión dejé escrito que G. Arce atraía a los que con él tenían afinidades selectivas. Después se entregaba a los discípulos totalmente, y las afinidades se multiplicaban. Suscribo de nuevo lo escrito hace casi 20 años y lo completo. La afinidad que se estableció entre E. Nogueras y G. Arce, fue de la misma condición que la que G. Arce estableció con sus discípulos. Y que éstos han procurado transmitir a las siguientes generaciones. Así fue configurándose una Escuela y el estilo personal de la misma.

Deseo finalizar este trabajo rindiendo homenaje a cuantos a lo largo de una centuria han contribuido al nacimiento, crecimiento y desarrollo de la Pediatría española. En particular a la generación de G. Arce de desigual fortuna personal.

Adversa, para García-Duarte, asesinado en 1936 en Granada. Para G. Vidal-Jordana, separado en 1939 de la vida universitaria por motivos políticos. Para R. Ramos, fallecido a los 43 años. En cierto grado, para E. Salazar y G. Arce, que vieron mermadas sus posibilidades por enfermedad en plena sazón.

Fue más propicia para el resto. Viven A. Lorente Sanz, C. Laguna y A. Galdo. También E. Jaso, que tuvo actividad docente en la Escuela Nacional de Puericultura. Y que promovió el Hospital Infantil «La Paz» de Madrid, por él dirigido y alentado, desde 1965 hasta su jubilación. Varios discípulos de Arce, F. Collado, y C. Vázquez, se han beneficiado de su magisterio.

De la generación de G. Arce —que es la de Jiménez Díaz— contamos entre nosotros con Francisco Grande Covián. Nacido en 1909 ha sido testigo de excepción de las peripecias históricas aquí revisadas.

Con su ejemplo apoya un modo de pensar para mí fundamental. La naturaleza dota al hombre de un potencial de posibilidades. La realización de las mismas, queda condicionada al medio. Este, unas veces

las permite. Otras, las favorece. A veces las dificulta o impide. De todo hubo en la Generación de G. Arce. Grande Covián podría juzgarlas como nadie desde su propia experiencia.

BIBLIOGRAFIA

- COLLADO OTERO, F.: *Análisis prospectivo y retrospectivo de la pediatría española de los últimos años. Introducción*, An. Esp. Pediatr., 27, S. 28, 1987; 73-4.
- GRACIA, Diego: *Marañón y la medicina española del siglo XX*, Jano, 1987, vol. XXXIII, 796: 1.861-2.
- MARAÑÓN, G.: *Obras completas* 10 vols. Madrid, Espasa-Calpe, 1966-77.
- MARIAS, J.: *Hace cuarenta años*. ABC, 15 abril 1988: 3.
- GRANJEL L. S.: *Historia de la Pediatría Española*, Eds. del Seminario de Historia de la Medicina Española, Salamanca, 1965.
- SÁNCHEZ VILLARES, E.: *La Escuela de Pediatría del Prof. G. Arce*, Bol. Soc. Cast. Ast. Leon. de Pediatr. 1969, X; 37-38: 17-25.
- SÁNCHEZ VILLARES, E.: *Introducción a la problemática del especialismo en pediatría*. Libro de Actas X Reunión Anual de la AEP, Granada, 1973.
- SÁNCHEZ VILLARES, E.: *Reflexiones en la frontera de medio siglo de Pediatría*. Lección inaugural del curso 1985-86. Universidad de Valladolid 1985; 7-114.
- SÁNCHEZ VILLARES, E.: *Trastornos nutritivos y su evolución conceptual en el último medio siglo*. Libro de Actas. V Curso Nacional de Medicina Pediátrica para A.T.S. D.U.E. y Matronas, Santander, Gráficas Tipolor, 1988; 3-3-33.
- SÁNCHEZ VILLARES, E.: *La docencia pediátrica en los últimos 40 años*, An. Esp. Pediatr., 27, S. 28, 1987: 75-77.
- SÁNCHEZ VILLARES, E.: *La pediatría universitaria vallisoletana de la última centuria*. Conferencia pronunciada en Valladolid: 15 sept. 1988.